

Esa noche no pude dormir, a pesar de que la cama era mullida y la habitación, cálida. Sentía que el frío del miedo comenzaba a trepar como una araña de hielo por mis pies. La ansiedad y los nervios me dominaban... y no era el único. En medio de la oscuridad, comencé a escuchar el castaño que hacen los dientes al chocar entre sí.

—Ágatha, ¿tampoco puedes dormir? —pregunté casi en un susurro.

—Soy Alexandra y tampoco puedo dormir. Ulises Watson, pensé que eras tú el que entrechocaba los dientes —dijo en forma burlona.

—Les pido disculpas, no lo pude controlar, son demasiadas emociones —respondió la voz ronca del abuelo desde algún punto de la habitación.



—Bueno, al menos sabemos que no usas dentadura postiza —agregó Ágatha, que había permanecido en silencio hasta el momento.

Un coro de carcajadas no se hizo esperar y comenzó a hacer eco en la habitación y luego en buena parte de la base.

La puerta se abrió sin rechinar y el rostro el señor J se dibujó en la penumbra.

—Me gusta que estén con buen ánimo, pero les recuerdo que muy pocas personas saben de nuestra presencia aquí y deseo que siga así. Que tengan buenas noches —dijo, dirigiéndonos una mirada severa que atravesó la oscuridad.

Pero el momento de distensión rindió sus frutos y, minutos después, todos dormíamos a pierna suelta.

